



XVIII

MIGUEL siguió el grupo de valientes que encabezaba el capitán Eduardo Molina, recogiendo los dispersos que, anonadados por la fatiga descansaban al pie de los árboles, respirando ruidosamente, con los rostros congestionados.

Iban en dos filas, pensativos, silenciosos, mirándose tristemente como compañeros de infortunio encontrados por casualidad, después de ser barridos por la misma ola de catástrofe.

¡Tantos esfuerzos, tanta perseverancia en formar y educar un buen batallón ¿para qué?... Una orden mal dada ó mal entendida, y media hora de valor inútil, desparramando mucha sangre, y quemando mucha pólvora, y no quedaba sino un girón informe y sangriento del bien organizado batallón.

¡Ah! con que esa era la guerra? Necia, ciega, formi-

dable, inconcebiblemente trágica!... Y ¿quién tenía la culpa de aquella catástrofe? ¿Para quién las responsabilidades tremendas de la derrota?....

Así pensaba Miguel mientras marchaba maquinalmente, siguiendo las pedregosas veredas que faldean por aquellos cerros.

Regresaban al Cuartel General, que se había situado en lo alto del camino real de Guerrero, en un gran claro, una especie de alta meseta donde se podía acampar.

Allí estaba la pieza ya silenciosa y se había establecido la ambulancia.

El general Rangel con sus *nacionales* alrededor, con su anteojo en una mano, miraba consternado, sin decir una palabra, los grupos de soldados que iban llegando poco á poco y que se echaban en el suelo al lado de sus compañeros.

Un oficial del 12.º con veinte hombres había llegado también, no habiendo podido retroceder con los suyos por haber sido cortado por el enemigo. Casi había tenido que atravesar el pueblo y se encontraba vivo como por milagro... ¡De veinticinco soldados de su sección, solo le quedaban siete!

Habían llegado ya los oficiales heridos, así como algunos empezaban á llevar soldados que chorreando sangre y quejándose lastimosamente, lograban acercarse.

El médico cirujano que llevaba el cuerpo expedicionario, iba y venía; daba órdenes; gritaba en medio

de los ayes de los heridos y de la sombría tristeza de aquel puerto, tras el naufragio.

Miguel sin esperar orden alguna, aniquilado, se echó en el suelo apoyando su cabeza sudorosa contra el tronco de un árbol, y hubiera dormido si no experimentase la sensación espantosa de una sed infernal.

Ya no pensó en otra cosa sino en beber un trago, aunque fuese del agua más inmunda que se le presentara.

Sentía fiebre intensísima y una cólera sorda le invadía y hacía crispár involuntariamente sus puños. Así permaneció durante una hora de angustia infinita hasta que se durmió. Le despertaron bruscamente cuando apenas acababa de cerrar los párpados.

—¡Eh, Mercado, levántese; vamos á pasar lista á la compañía!... ¡Arriba!...

Despertó sobresaltado, volviendo rudamente á la triste realidad de su situación. Miró en torno de sí y vió casi frente de él á lo que quedaba de su compañía. ¡Menos de la mitad!

Vió soldados en dos filas, casi sin alineamiento, desgarrados los uniformes azules, con rostros macilentos, ojos hundidos y miradas vagas.

Y entonces, á pesar de su debilidad, tuvo plena conciencia de lo enorme del desastre!

Apoyado en su carabina, que no había abandonado ni un instante, presenció la lista que pasaba el sargento primero, anotando á los que faltaban, que eran los

más. Pero todavía no podía saberse si eran muertos, heridos, dispersos ó desertores.

Aun no se levantaba, ni se podía levantar el campo ocupado por el enemigo.

Después supo Miguel que se habían mandado varias camillas escoltadas convenientemente, para recoger heridos; pero solo se habían traído los más cercanos al cuartel general, pues al intentar aproximarse al campo del combate, habían sido recibidos con nutridos tiroteos á los cuales contestaron por dignidad, pero retirándose prudentemente.

Entre aquellos heridos sólo recogieron dos del enemigo. Tenía uno el vientre atravesado, y sea que su gravedad no lo permitiese, ó que no quisiera, se negó obstinadamente á pronunciar una sola palabra. El otro expiró en el camino.

Al fin se les permitió penetrar en el campo á las mujeres, que estaban angustiadísimas, cargadas con ánforas con agua, gordas de harina y carne asada.

Levantóse un gran murmullo compuesto de gritos de alegría y de dolor, sollozos y juramentos y disputas por un trago de agua.

¡Agua, agua!... Miguel vió el agua y se precipitó sobre una vieja desarrapada que se defendía de un grupo de soldados que le pedían una poca, suplicantes unos y amenazadores los otros.

¡Oh, felicidad! llevaba una ánfora llena, y apartándolos con todas sus fuerzas, aulló desafortadamente:

—¡Abranse! ¡Abranse! ¡Qué canastos suceden! ¡Un

peso por la ánfora! Mira, aquí está;—y le enseñó cuatro billetitos de á peseta.

—¡Ay, mi subteniente... es para mi viejo que viene muy malo!

No hizo caso y se la arrebató ferozmente, dándole los papeles.

Soltó entonces la carabina que llevaba en la mano, apoyando la culata en el suelo, con el cañón contra sus piernas; y tembloroso, y agarrando la ánfora con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás y bebió ansiosamente; y la hubiera vaciado si una mano vigorosa no la hubiese tomado por el asiento, impidiéndole beber.

—¡Hombre, Mercado, déjame una poca, te va á hacer daño!

Era Castorena. Miguel, satisfecha su sed, le dió el resto del agua, que éste sorbió de un enorme trago; y como la vieja había desaparecido y *llamaban á formar*, arrojó á lo lejos el ánfora, que rebotó ruidosamente entre las piedras.

La fuerza que quedaba del 9.º debía dar un puesto avanzado, de observación sobre el camino real que bajaba á Tomochic; una *gran guardia* y un número de parejas suficientes para rodear el campamento, protegiéndolo en la noche contra toda sorpresa.

A los oficiales *francos* se les nombraron rondines de una hora en la noche, á partir de las seis.

Se dió también una escolta para la pieza y otra para el parque.

Mientras tanto los *nacionales* destrozaban una res y se repartían harina.

Ya era necesario, pues hacía veinticuatro horas que no se daban provisiones.

Miguel, que debía cubrir al mando de un teniente la *avanzada* sobre el camino, mandó asar un gran trozo de carne que se pudo conseguir, y mientras esto se verificaba, fué á visitar los oficiales heridos, instalados bajo una gran tienda improvisada en el centro del campamento. Allí, recostados sobre unos zarapes, vió muchos soldados que se quejaban tristemente.

Saludó con respeto y muy conmovido al Teniente Villedas, cuya herida en el cráneo pudo haberle costado la vida (1), tenía además las manos ensangrentadas de la furiosa caída que aquel golpe le ocasionó, rodando sobre las piedras.

Charló un rato con el teniente y subteniente, surgiendo la conversación sobre los capitanes muertos uno al lado del otro, en circunstancias excepcionales.

Luego, fatigados, cesaron de hablar los heridos entrando en vaga somnolencia.

Les contempló silencioso un momento, y ya se marchaba, cuando se fijó en que el general, á algunos pasos de allí, interrogaba colérico á unos soldados de

(1) Meses más tarde murió este veterano á consecuencia de esa herida.

«Seguridad Pública» que acababan de llegar al campo en esos momentos.

Al instante se enteró de lo que pasaba. Un oficial de aquel cuerpo, incorporado á la segunda columna, había mandado dar *media vuelta* á su fuerza, separándose, no sólo del teatro del combate, sino abandonando decididamente el monte, consumado deserción al frente del enemigo y durante el combate.

Miguel se separó de la tienda del general para ir á recoger su carne, la que devoró con ansia, casi cruda y sin sal.

Y volvió después á atormentarle vivamente la sed, pero tuvo que soportarla, y fué á ver la fuerza que debía cubrir el punto. Después con el teniente á la cabeza, desfilaron por el camino real, hasta llegar á un lugar donde este descendía bruscamente.

A un lado, sobre un gran montón de piedras, había una cruz de madera. Fueron allí apostados tres centinelas al frente.

Obscurecía tras una tarde sin crepúsculo, y principiaba una noche fría y profundamente negra.

Allá, en lo alto del monte, en la meseta del campamento, se veían brillar las fogatas como rojas estrellas, mientras al frente alzaban gigantescos sus masas, como nubes negras, los cerros erizados de rocas y de pinos.

Subieron al montículo sobre el que estaban las piedras que servían de pedestal á la cruz, y desde allí, en la semi obscuridad de la tarde agonizante, contemplaron el vasto anfiteatro que forma el valle de Tomochic...

¡Ni una luz en el pueblo que se adivinaba en el fondo; nada que pudiera indicar la vida en aquel hueco, en aquel nido de águila colosal, en plena Sierra Madre!

El teniente, sin pronunciar una palabra, cansado de aquella terrible jornada, se sentó al pie de un árbol y al poco rato principió á dormitar, no obstante los esfuerzos que hacía por abrir los párpados que se obstinaban en cerrarse.

Miguel á su lado, apoyó la cabeza contra el tronco del enorme pino, abandonó la carabina entre sus piernas doloridas; aflojó un poco la canana que le ceñía sobre el capote la cintura, y con los brazos cruzados y los ojos abiertos en la sombra, meditó.

¡Ah! con que ya se encontraba frente al enemigo después de sangriento combate y tras no imaginada derrota. ¡Conque allí, perdido en el fondo de la sierra, á muchos centenares de leguas de su hogar querido, había encontrado como siempre, tras todos sus ensueños y ambiciones, la decepción de la amarga realidad! ¡Desvanecidos todos los ideales románticos de su vida, ni siquiera quedaba en pie la poesía elevada y grandiosa de la guerra! ¡La guerra como la comprendía, como la había leído; grande, noble, heroica, épica!

¡No... no! Aquello que había pasado no era ni una sombra, ni una parodia, no ya de los combates clásicos de la antigüedad, ni de las batallas legendarias de Europa, pero ni siquiera de las habidas recientemente en las revoluciones que ensangrentaron la patria! ¡Oh, y

sin embargo, reconocía toda la barbárie trágica de la catástrofe!

El número de muertos y heridos había sido relativamente enorme. Pensó en ellos, los pobres abandonados inicuaamente en el monte silencioso, retorciéndose, gritando, blasfemando en la sombra; contemplando, muertos de sed, con sus ojos de moribundo, cintilar las estrellas en la fría desnudez del cielo. Se estremeció de horror y trató de apartar de su mente la fatídica visión de aquellos infelices; pero no pudo; su cerebro calenturiento y excitado por la debilidad y la fatiga, le delineó en plena vigilia escenas sangrientas, con todo el horror negro de la pesadilla.

Formósele un nudo en la garganta y tuvo miedo. ¡Miedo de la sombra, de la noche, de los vagos rumores que ascendían del fondo del valle, de sus pensamientos, de su conciencia, de su mismo ser!... ¡miedo de todo! Era un principio de demencia en su organismo débil, un pavor invencible, algo como el *delirium tremens*.

Fué una hora de angustia mortal y de horrible congoja. Al fin la reacción le postró y durmió profundamente. Le despertó un rumor de voces á su lado. Eran el teniente y el cabo de cuarto que hablaban vivamente.

—Pero... ¿estás seguro? porque, creo que el miedo que tienes es más que otra cosa.

—No, mi teniente, ponga usted cuidado... ¿no oye usted?

El teniente calló, prestando el oído para distinguir

los lejanos rumores y sin duda oyó algo porque, conmovido, dijo á Miguel:

—Mire, Mercado, váyase con el cabo, allí junto á aquel centinela, á ver si distingue bultos... ya sabe; mucho cuidado, nada de *quien vive*, sino que hacerle fuego al momento.

El oficial siguió al cabo, tropezando con las piedras, sin ver adelante de sí más que las vagas sombras de los árboles y de las rocas. Cerca del centinela, trató de explorar con la vista el monte y contuvo el aliento para escuchar mejor, y con secreto espanto creyó oír rumores confusos como de pasos y voces.

Cerca de diez minutos permaneció allí, inmóvil, con los ojos fijos en las tinieblas, temblando involuntariamente á medida que aquel vago ruído aumentaba y se precisaba.

Y no le cupo duda, se acercaba gente porque no podía ser otra cosa.

Fué á *dar parte*, y su superior inmediatamente despertó á los soldados que dormían; les mandó cargar las armas, formándoles en una fila á través del camino; él se colocó en el lado derecho y Miguel en el izquierdo, dando orden á los tres centinelas avanzados, de que en el momento en que viesen al enemigo, se reuniesen á ellos.

Todos de pie, temblorosos, esperando con angustia en medio de las tinieblas el ataque nocturno de aquel enemigo audaz que revestía en esos instantes, á sus

ojos, formas titánicas, permanecieron mirando hacia atrás como para buscar el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruído de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente, toses, risas y palabras sueltas.

...¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacían de guardar silencio al aproximárseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran á un paseo!

—Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen!

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos é inquietos... algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino... el teniente gritó:

—¡Fuego!—é hizo fuego con su carabina, oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche la dilatada detonación de una descarga cerrada.

Inmediatamente levantóse una gritería espantosa en los que venían, que retrocedieron.

—¡No tiren... no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del coronel Torres!

—Avance el coronel Torres ó volvemos á hacer fuego!

—Señor, viene á retaguardia de la columna.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atención, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna, y ya se dejó avanzar á los recién llegados.